



Artículos

Todos nos extinguiremos

Irina Podgorny: materialidad y pesimismo en la historiografía de las ciencias en la argentina

Marina Rieznik

Universidad de Buenos Aires / Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

marinarieznik@gmail.com

Fecha de recepción: 04/05/2022

Fecha de aprobación: 05/08/2022

1. Introducción

En este ensayo sobre lecturas, combinaré claves teóricas utilizadas por la historiografía de las ciencias contemporáneas para analizar tres libros publicados recientemente por Irina Podgorny sobre algunas prácticas científicas desarrolladas desde fines del siglo XIX en la Argentina. A partir de reflexiones teóricas, enfocaré cuatro aspectos de la perspectiva de Podgorny que considero relevantes para pensar en los debates de la historiografía de las ciencias: su intento de poner de relieve aspectos ocultados por los mitos sobre los sabios nacionales; la importancia de la circulación económica y comercial para entender la materialidad de las prácticas científicas; la dinámica de las facciones y alianzas políticas en la caracterización de la especificidad de las instituciones científicas; y, finalmente, la propuesta de la autora

sobre la naturaleza de los debates científicos. Los tres libros en que se basará este artículo fueron publicados entre 2020 y 2021 y están destinados a públicos muy diferentes. El primero, que es un compilado de notas cortas de divulgación originalmente aparecidas en la prensa, se titula *La momia que habla. Microensayos de historia natural*¹. El segundo es una biografía de una reconocida figura de la paleontología argentina, *Florentino Ameghino y Hermanos*². El último es un ensayo histórico, que ganó en el 2019 el concurso de letras del Fondo Nacional de las Artes en la Argentina, titulado *Los argentinos vienen de los peces. Ensayo de filogenia nacional*³.

En estos tres libros, Podgorny retomó temáticas en las que trabaja desde la década de 1990, pero con una escritura transformada tras años de publicaciones. Su pluma se caracteriza notablemente por no usar casi neologismos, ni anglicismos, ni conceptos crípticos, ni jergas académicas, a pesar de estar influenciada por autores que construyen complejos armados conceptuales. Esto le permite ser requerida tanto por la prensa para hacer divulgación como por artistas para escribir textos curatoriales, sin que ello implique cambiar demasiado su registro académico. Con un enfoque singular, que combina la erudición con un tono pesimista-provocativo, afilado, lacerante, que roza por momentos la ironía y el sarcasmo, Podgorny es una de las historiadoras más publicadas y leídas sobre el desarrollo de las instituciones científicas en la Argentina del siglo XIX. Además, dirigió la formación de un grupo de estudiosos que se enfocaron en museos, observatorios astronómicos, universidades y otros espacios de circulación del saber científico de su país. Entre ellos se encuentran Susana García, Máximo Farro, Alejandra Pupio, María Élide Blasco, Mariana Waligora y quien suscribe, entre otros. Por otro lado, los enfoques de estos investigadores muchas veces se cruzaron y coincidieron con las de otros estudiosos de la historia del conocimiento científico en la Argentina y en Latinoamérica como pueden ser Pablo Kreimer, José Buschini, Juan Pablo Zabala, Carla Lois, Cristina Mantegari, Miguel de Asúa, Hernán Thomas, Christina Barboza, Marcelo Monserrat, Diego Hurtado, Marcos Cueto, Margaret Lopes, Tomás Haddad, Rogeiro Siqueira, Moema Vergara, Jorge Bartolucci, Catalina Valdez, Lorena Valderrama, Carlos Sanhueza, Barbara Silva,

1 Irina Podgorny, *La momia que habla. Microensayos de historia natural* (Rosario: Prohistoria ediciones, 2020).

2 Irina Podgorny, *Florentino Ameghino y hermanos* (Buenos Aires: Edhasa, 2021).

3 Irina Podgorny, *Los argentinos vienen de los peces. Ensayo de filogenia nacional* (Buenos Aires: Beatriz Viterbo editora, 2021).

Andrés León, Amari Peliowski, Elisa Sevilla, Juan Ricardo Rey, Nydia Pineda, entre otros⁴. De conjunto, pusieron de relieve la importancia de los espacios e instrumentos utilizados por los practicantes de las ciencias que analizan, consideradas como prácticas culturales.

Específicamente, la investigadora subraya en sus escritos el poder que los objetos materiales tienen en el proceso de adquisición de conocimiento, en una línea que podría confluir con los planteos Hans-Jörg Rheinberger en torno a lo que define como *cosas epistémicas*⁵. Asimismo, su planteo converge con los análisis de Lorraine Daston, Peter Galison y otros autores de la epistemología histórica que apuntan también en ese sentido cuando hablan de la *biografía de los objetos científicos*⁶. Además, Podgorny subraya desde hace mucho el carácter de explotación económica que tuvo la circulación de objetos de las ciencias y cómo estaban ligadas a la extensión de la materialidad de los circuitos de transporte, migración y comercio internacional. La autora apunta también a la historia política y económica para desmitificar los relatos basados en las grandes figuras como responsables del desarrollo nacional. Quizás, el tinte más marcado de su producción reciente sea aquel retomado de autores de la arqueología de los medios alemana, como Friedrich Kittler y Ber-

-
- 4 La comunidad de historiadores de las ciencias en la Argentina es muy pequeña, y en general todos hemos compartido proyectos o lugares de trabajo comunes sin que ello sea un impedimento ni para el debate ni para la independencia de criterios. Mi caso es ilustrativo al respecto, mientras me formaba con Podgorny, con quien hace años mantengo independencia laboral, trabajé también en el grupo dirigido por Carla Lois desde la historia de la cartografía en la UBA y con el grupo de estudiosos de la ciencia coordinados inicialmente por Pablo Kreimer en el Instituto de Estudios de las Ciencias de la UNQ y luego en la Universidad Maimónides (junto a José Buschini, Juan Pablo Zabala, Adriana Feld, Gabriel Matharán y Lucía Romero, entre otros); compartí además espacios de docencia e investigación con el equipo de Hernán Thomas, con el de Diego Hurtado, etc. En torno a la historia de la Academia de Ciencias en Córdoba habría que mencionar además a Luis Tognetti, a Eduardo Ortiz para dar cuenta de aspectos de la historia de la física en la Argentina y, para perspectivas de largo plazo, a Miguel de Asúa. Finalmente hay otros historiadores de las ciencias en la Argentina, pero que no que se dedican a historia argentina, algunos de ellos son Anibal Szapiro, Chistian Carman, Esteban Greif, o Guillermo Ranea, que sin embargo también han dialogado, trabajado o construido perspectivas comunes con los que se centran en la Argentina. Para un análisis panorámico de la evolución de los estudios sociales de las ciencias en Latinoamérica en combinación con los estudios históricos de la región, ver Pablo Kreimer, *Science and Technology in Latin America. Peripheral Modernities* (Nueva York y Londres: Routledge, 2019).
- 5 Este autor señala el lugar central de dichos objetos en la construcción del conocimiento, en contraste con el lugar otorgado por la historiografía tradicional a las ideas o conceptos. Hans-Jörg Rheinberger, *Toward a History of Epistemic Things. Synthesizing Proteins in the Test Tube* (Stanford: Stanford University Press, 1997). Para un análisis de la obra anterior de Podgorny ver Marina Rieznik, “Nuevas perspectivas para la historiografía de las ciencias en la Argentina. Entre el Estado como sujeto de la historia y las causas accidentales”, *Entrepasados. Revista de Historia*, 19, (2011): 217-233.
- 6 Lorraine Daston, *Biographies of Scientific Objects* (Chicago: Chicago University Press, 2000); Lorraine Daston y Peter Galison, *Objectivity* (New York: Zone Books, 2007); Peter Galison, “Trading Zone: Coordinating Action and Belief”, en *Science Studies Reader*, ed. Mario Biagioli (New York: Routledge, 1999), 137-160.

nhard Siegert. Estos teóricos incluyen a su vez una relectura particular de obras como *Las palabras y las cosas* o *La genealogía del saber* de Michel Foucault. Las materialidades de los medios e instrumentos son entendidos como técnicas culturales, que dan forma a los sujetos y determinan qué puede ser hecho y qué puede ser pensado.

En ese sentido, Podgorny considera su investigación como “la historia de una administración que se encarna en los sujetos diciéndoles cómo deben pensarse a sí mismos y cómo deben ordenar y mirar el mundo aún en las esferas íntimas y privadas”⁷. Inclusive las subjetividades de las autoridades científicas del siglo XIX estaban modeladas por un conjunto de técnicas culturales: “la prensa, el correo, las cartas, los medios de comunicación, las técnicas de registro, los museos y las colecciones”⁸. Recordemos que Kittler se apropia de un provocativo Lacan, cuando este señalaba que “los seres humanos no pueden haber inventado las máquinas de la información sino que muy por el contrario ellos son sus sujetos”⁹. En el mismo sentido, Rheinberger argumenta que las teorías son máquinas idealizadas, en un contrapunto con Gastón Bachelard que había señalado que los instrumentos de la investigación moderna eran teoría materializada. Las técnicas culturales consideradas por Podgorny y los teóricos de los medios también pueden incluirse entre los *objetos técnicos*, definidos por Rheinberger como instrumentos, dispositivos de inscripción, organismos modelo, teoremas o conceptos cristalizados en ellos, etcétera, que determinan un espectro de posibles representaciones y manipulaciones de las cosas epistémicas¹⁰. Como veremos, este planteo se diferencia de otros relativismos histórico-epistemológicos que priorizan la determinación social como clave explicativa, como podría ser el de los seguidores del Programa Fuerte de David Bloor, que ha tenido cierta influencia en los estudios de las ciencias locales.

En relación al papel del Estado en la regulación de las actividades científicas, Podgorny no niega que los museos del siglo XIX condensaran la tarea de difundir la imagen de la riqueza argentina en el exterior, además de concentrarse en una tarea propagandística que, frente a los

7 Podgorny, *La momia*, 163.

8 Podgorny, *Florentino*, 14.

9 Friedrich Kittler, “El mundo simbólico de las máquinas”, *Dossier Máquinas arqueológicas, Canal. Cuadernos de Estudios Visuales y Mediales*, no. 1 (2017): 122-157.

10 Rheinberger, *Toward*.

conflictos sociales, pretendía educar las costumbres. En ese sentido, sus lineamientos convergen con los de otros autores contemporáneos ya mencionados que enfocan las prácticas científicas en la Argentina o en Latinoamérica. Para otros períodos o regiones, ellos atendieron a los lineamientos de las políticas científicas implícitas o explícitas como aspectos necesarios para el análisis del desarrollo de las prácticas científicas locales. No obstante, la investigadora resalta sobre todo que la investigación científica requería planes institucionales de largo plazo y que el presupuesto nacional se mostraba en general escaso para comprometerse en ellos, aunque también generoso si se trataba de obras que pudieran exponer la grandeza nacional¹¹. Esta labilidad del apoyo estatal a las instituciones de investigación científica será una de las singularidades argentinas, que contribuirá a que en el siglo XIX los vínculos entre practicantes formados en una escuela de trabajo local no hayan cobrado relevancia. Por eso, en el control sobre la circulación de los objetos de la ciencia, intervinieron con predominancia no sólo los científicos del continente europeo —hábiles recolectores de corresponsales y proveedores— sino también personajes variados, tales como ingenieros franceses, banqueros ingleses, profesores italianos, maestros argentinos, políticos, diplomáticos y ministros de nacionalidades diversas, agrimensores, coleccionistas de círculos sociales bien posicionados y autoridades administrativas locales.

La visión de la autora de que el Estado argentino tuvo esta labilidad en su apoyo a las ciencias, y por tanto cierta debilidad en el formateo de sus prácticas, sugeriría una línea contraria a la idea de que es el poder central el que impulsa y planifica el desarrollo de la actividad científica. Si a esta ausencia de plan sumamos las crisis financieras recurrentes del país, se entiende que el panorama que muestra la autora en las fuentes sea oscuro y falta de optimismo. Este tinte traspasa a varias de sus caracterizaciones coyunturales, como cuando afirma, respecto a los personajes que analiza, que en los inicios de la década del noventa del siglo XIX podíamos asistir a “una Argentina ya afectada por la crisis financiera que, una vez más, estuvo a punto de extinguirlos a todos”¹². Si bien podría leerse, en este tipo de sentencias, la simple afirmación de la teoría de la evolución o un pragmatismo materialista, el tono de los análisis de Podgorny se hila con las perspectivas som-

11 Irina Podgorny y Margaret Lopes, *El desierto en una vitrina* (México: Limusa. 2008).

12 Podgorny, *Florentino*, 228.

brías que tenían los personajes que analiza. Estas últimas aparecen en las fuentes vinculadas a las dificultades concretas de cristalizar proyectos en la Argentina¹³. Recuperando esas desesperanzas, la autora conduce su pluma con un tinte pesimista y por momentos sarcástico que, en rigor de verdad, es una suerte de provocación más que una posición teórica. Podgorny no se refiere a las consecuencias negativas del desarrollo científico tecnológico al modo en que lo hace la escuela de Frankfurt o algunas lecturas derivadas del Foucault de *Vigilar y castigar*. Como veremos, confía en el conocimiento, en la ciencia y en sus aplicaciones, al mismo tiempo que descrea de las formas concretas que ha asumido su desarrollo, desasociadas de los méritos que considera necesarios.

A continuación, se combinará el desarrollo de las claves teórico-historiográficas aquí esbozadas en relación a planteos de la autora en distintas dimensiones: el mito sobre los sabios nacionales; la historia de la circulación económica y comercial; la dinámica de las facciones y alianzas política; y la naturaleza de los debates científicos.

2. La desmitificación del Sabio

La selección de páginas analizada en este trabajo está particularmente concentrada en la figura de Florentino Ameghino, quien, desde fines del siglo XIX, mediante el armado de una empresa familiar en la Argentina, influenció los campos de la paleontología, la arqueología y la prehistoria¹⁴. Ameghino desarrolló sus prácticas asociado además a los hermanos alemanes Adolf y Oscar Doering de la Academia de Ciencias de Córdoba y a Hermann Von Ilhering del Museo Paulista en Brasil. Junto a este último, Ameghino elaboró sus ideas sobre la antigüedad de las formaciones terciarias de América del Sur y sobre el origen y dispersión de los mamíferos. Propusieron que todos los mamíferos se habían originado en la actual Patagonia argentina. Desde allí habrían pasado a África, a través de los puentes continentales que, en otros tiempos geológicos, comunicaban ambos continentes, según Ihering¹⁵. Podgorny muestra cómo los mamíferos fósiles encontrados en la Argentina fueron contribuyendo a formular hipótesis en relación a las ciencias de la tierra, en una

13 Irina Podgorny, "Things Found in Nature", en *Memória, cultura material e sensibilidade*, ed. Alexandre Guida Navarro y Raquel dos Santos Funari (São Luís: Edufma Universidade, 2021), 235-257.

14 Podgorny, *Los argentinos*, 16.

15 Podgorny, *La momia*, 225.

época en la que estos vestigios de vidas pasadas proveían el medio para establecer los vínculos estratigráficos a nivel global¹⁶. La autora se concentra en las prácticas llevadas adelante por Ameghino y sus aliados, a veces en conflicto con otros personajes históricos como Hermann Burmeister, director del Museo Público, o Francisco Moreno, director del Museo de La Plata.

Cuando la investigadora empezó en 1994 a escribir sobre Ameghino en su doctorado, las semblanzas del personaje lo mostraban vinculado a un altar junto a otros próceres de la intelectualidad nacional argentina como Domingo Faustino Sarmiento, Juan Bautista Alberdi o Bartolomé Mitre. Podgorny sostiene que “el mito de Ameghino, a fin de cuentas, vivió más que muchas de sus creaciones”¹⁷. Postulado como una figura sobresaliente de orígenes humildes, cristalizó toda una simbología de la que la autora descrea, en tanto ícono de la cultura laica y del destino de grandeza del suelo argentino. Tras su muerte fue “celebrado como sabio nacional, su vida encarnó la capacidad de superación de los inmigrantes mediante la educación pública y la riqueza de las pampas”¹⁸. El Partido Socialista en la Argentina, a su muerte, había intentado promover el culto de peregrinación laica a su casa de nacimiento en Luján, en competencia con las peregrinaciones religiosas a la basílica de la misma localidad. Sus detractores católicos se encargaron de señalar que el famoso sabio argentino no había nacido en la Argentina, esgrimiendo su partida de nacimiento italiana. La autora devela que, efectivamente, en 2018, una fuente encontrada por otras investigadoras, permitió confirmar que su “supuesto lugar de nacimiento fue otra mentira de Ameghino, un mero subterfugio para evitar el servicio militar italiano”¹⁹. Podgorny se indigna con los socialistas que, para negar lo evidente, inventaron la muerte en altamar de un supuesto hermano del investigador nacido en Italia, en honor al cual su madre habría puesto el nombre al hijo que nacería después en Luján: “parece mentira que el Partido Socialista, en plena Gran Guerra, desaprovechara la ocasión de construir la imagen de un Ameghino republicano y pacifista, reacio a tomar las armas de un rey, y prefiriera en cambio, enrolarse en un debate algo disonante en un partido inscripto en el ideario de la Internacional”. La autora les echa la culpa de haberle tenido que dar la

16 Podgorny, *La momia*, 111.

17 Podgorny, *Los argentinos*, 310

18 Podgorny, *Florentino*, 293.

19 Podgorny, *Los argentinos*, 172.

razón a los curas del Salvador, “que a fin de cuentas, pelearon con las evidencias en la mano”²⁰. Pero inclusive los católicos, que ya sabían de esta falsificación, terminaron ayudando al mito ameghinista en la década del treinta, si atendemos a que estuvieron en la instalación de su monumento en las Barrancas de Mar del Plata, rindiendo honores a una figura que “por encima de toda codicia y de todo egoísmo fue un factor soberano de elevación moral”²¹. Además, la terminación de la edición oficial de las sus obras completas, en La Plata, en 1936, ocurría a los seis meses de la flamante gobernación de “Manuel Fresco, el gran constructor del bienestar de la década infame, seguidor de las encíclicas papales”, una de las cabezas que promoverían la ilegalidad del Partido Comunista en la Argentina²².

El hastío de la historiadora con esta simbología, que resistía a los análisis con las fuentes en mano, marca el tono de su relato en torno a la desmitificación del Sabio. Podgorny seguramente también haya tenido que lidiar con lo que quedaba de un síntoma que ya había llevado a un paleontólogo estadounidense, que visitaba la Argentina en 1931, a afirmar que “fuera de los círculos científicos, era imposible sugerir que Florentino hubiese cometido error alguno sin despertar la ira del interlocutor”²³. Podgorny reivindica en cambio los intentos de Aldo Mieli, el historiador de la ciencia que, en 1947, denunciaba que no era cierto que Ameghino hubiese nacido en Luján y describía “el síntoma bochornoso de una obstinación del nacionalismo estúpido que sufre la gran mayoría de los argentinos y que sería conveniente extirpar lo antes posible”²⁴. Podgorny, casi identificándose con estas palabras de Mieli, espeta: “No habrá faltado el nacionalista, comunista, socialista, peronista o radical que acusara a Mieli de servir a los intereses del fanatismo religioso. O a la antipatria”²⁵.

Muy lejos del mito ameghinista, en la historiografía de sus últimos años, Podgorny establece variados vínculos entre las prácticas científicas locales y las de los charlatanes de feria, que han

20 Podgorny, *Los argentinos*, 52-53.

21 Podgorny, *Los argentinos*, 44.

22 Podgorny, *Los argentinos*, 43.

23 Podgorny, *Florentino*, 309.

24 Podgorny, *Los argentinos*, 166.

25 Podgorny, *Los argentinos*, 43.

sabido ser sus objetos de estudio y continúan siéndolo²⁶. Para Podgorny una de las mayores paradojas de la ciencia de la década de 1880 que analiza era que “repleta de inauguraciones [olvidadas], de retórica de progreso, de promesas incumplidas, de instituciones creadas y libradas a su suerte, no se sabía distinguir entre un charlatán y un sabio”²⁷. Leopoldo Arnaud, Guido Benatti, Jorge Rohde son sólo ejemplos que ofrece de una larga lista. “No es para avergonzarse sino para pensar que la verdad de los hechos incluye el problema de cómo distinguirla de la falsedad con que la recubren las palabras. Y la memoria”²⁸. Según Podgorny, las disputas facciosas fogoneadas por la prensa periódica, que modelaron el carácter de Ameghino, se resolvían en formatos parecidos a los conflictos de aquellos que ofrecían remedios milagrosos. Es decir, se dirimían “agitando los diarios con testigos y campañas encabezadas por “los amigos de la verdad”²⁹ y apelando a criterios plebiscitarios entre quienes asistían al espectáculo. De hecho, la prensa se constituyó en uno de los caminos predilectos de Ameghino: “para polemizar estaban los diarios, el espacio desde donde se retaba a los contendientes, protegido por el silencio y la fuerza de la palabra impresa”³⁰.

En este sentido leer a Podgorny puede llevar a recordar algo de lo dicho por Feyerabend en *Adiós a la Razón*³¹, que es retomado por el programa fuerte de David Bloor, cuyo impacto se ha sentido en los estudios de la ciencia en Latinoamérica. Autores que otorgan parecido estatuto metodológico a la ciencia y a cualquier otra creencia, e intentan proponer algunos parámetros prescriptivos para el análisis de las ciencias contemporáneas. Muy a pesar de que al leer a Podgorny no se pueda dejar de pensar en la situación de las instituciones científicas argentinas contemporáneas, ella advierte que no está de acuerdo con la “mala costumbre de creer que la historia es un depósito donde se puede bucear para dar con los progenitores de los desastres o logros del presente”³². La autora afirma su “convencimiento de que la historia no enseña nada —o que, por lo

26 Irina Podgorny y Daniel Gethmann, “‘Please, come in.’ Being a Charlatan, or the Question of Trustworthy Knowledge”, *Science in Context* 33, no. 4 (2020): 355-361.

27 Podgorny, *La momia*, 46.

28 Podgorny, *La momia*, 46.

29 Podgorny, *Florentino*, 20.

30 Podgorny, *Florentino*, 90.

31 Paul Feyerabend, *Adiós a la Razón* (Buenos Aires: REI, 1990).

32 Podgorny, *La momia*, 137.

menos, no parece haber producido buenos alumnos—”³³ y que “la historia —a diferencia del mercado— nunca supo aprender de sus lecciones”³⁴. Es decir, la autora aclara que no pretende magnificar los progresos que han conducido al presente, como hizo la historiografía tradicional de las ciencias, pero tampoco ofrecer soluciones a sus males, como muchas veces intentamos los historiadores contemporáneos de las ciencias en la Argentina o en Latinoamérica.

Podgorny desentraña las prácticas científicas desde el desarrollo material de las mismas como concretas y situadas, en perspectivas cercanas a las de la epistemología histórica. Al igual que Rheinberger, no busca la lógica, o las fallas metódicas detrás de la relación entre teoría y experimento o detrás del experimento, sino lo que es irreductible, local, situado, de la *situación experimental*³⁵. Gracias a que sigue estos hilos materiales, la autora debe reconocer, entre el charlatán y el científico algunas diferencias. Por lo pronto, que “la lógica facciosa de la vida científica fue sedentaria. Así nacieron instituciones, museos y colecciones para el bien del país y de los habitantes de buena voluntad que habitaron la nación argentina”³⁶. Aun cuando por momentos en su prosa sea muy endeble el límite entre la ironía y la caracterización de una situación³⁷, lo fundamental es que marca una diferenciación entre el relativismo en el que abrevan el programa fuerte de Bloor o inclusive ciertos textos de Latour y la epistemología histórica. Los primeros están intentando una solución democrática y prescriptiva para los males de las prácticas científicas contemporáneas, que consideran puras creencias imbuidas de poder, mientras que la epistemología histórica, como veremos, otorga cierta resistencia y elasticidad material a los objetos epistémicos que reconstruyen en sus historias, considerando no sólo las convenciones sino también los sistemas experimentales³⁸.

33 Podgorny, *La momia*, 16.

34 Podgorny, *La momia*, 94.

35 Hans-Jörg Rheinberger, “A Reply to David Bloor: ‘Toward a Sociology of Epistemic Things’, *Perspectives on Science* 13, no 2 (2005): 406- 410.

36 Podgorny, *La momia*, 20,

37 En algunos trechos la autora parece incluso cercana al espíritu sarcástico de la revista de humor político argentina *Caras y Caretas*. Esto ocurre, por ejemplo, ante una portada de 1911 que Podgorny usa como fuente. Allí se hace alusión al pedestal de la estatua oficial que levantarían al sabio, supuestamente a ser instalada en el Museo que Florentino supo dirigir y que vio languidecer hasta casi su derrumbe. Los esqueletos del museo dibujados en la tapa de la publicación advertían que cuando la estatua se levantara los techos ya se habrían caído a pedazos. Podgorny, *Florentino*, 296.

38 Por ejemplo, cuando Podgorny describe los instrumentos de Humboldt en sus viajes americanos, ya fueran de

Otra arista que Podgorny remarca en sus últimos libros está ligada a la utilización de fuentes que se encuentran en los márgenes de las principales prácticas de los actores involucrados y que también colaboran en desmitificar al sabio. Por caso, podríamos considerar central la disputa de Ameghino con el director germano del Museo Público, Burmeister, cuando este último lo depreció al negarse al examinar “el humilde fruto de mis desvelos de aficionado”³⁹. En el lado opuesto de la contienda, contaba Burmeister retrospectivamente, ya moribundo, que el señor Ameghino entonces le había hecho una visita “con un pescado bien conocido” como si fuese de nueva especie⁴⁰. Podgorny nos conduce hasta un detalle marginal de ese relato, en un discurrir del protagonista por los pasillos del Museo: “lleno de entusiasmo al llegar y de oprobio al salir...devorado por la ira y la vergüenza”⁴¹. Lo que encuentra allí Podgorny es que en el comienzo hubo un pez que “sobrevivió escondido en cada letra, en cada mandíbula, en cada molar, en cada incisivo de los fósiles del cenozoico sudamericano”⁴², en este “bagre encapsulado en la historia de la ciencia nacional, sobrevive un caleidoscopio de odios y rencores desatados alrededor de 1870. Costumbres y traiciones que, como las viejas de agua, duermen de día y hacen ruido de noche”⁴³.

El ítalo-argentino se defendía, negando que haya dicho que su pez fuera una nueva especie, y se consolaba: “para algo sirve la desgracia”⁴⁴. Hacía referencia a que el rechazo del germano lo habría animado a profundizar sus investigaciones. Este motor de la dinámica científica local es subrayado frecuentemente por la autora: los celos, los resentimientos, las inquinas, los fracasos y las obsesiones desvelan a los personajes que caracteriza. Pero Podgorny va más allá. Implacable con Ameghino, hila la historia nuevamente a partir de una curiosa fotografía que Roberto Ferrari le facilita, de *circa* 1874. Se trata de la foto de un pez, que estaba subtitulada por Ameghino en letras violetas: “*Typupiscis lujanensis*”. Sostiene Podgorny que el investigador se encargó de esconderlo

física, geodesia y astronomía, los considera el núcleo del viaje, lejos de que su posesión fuera un gesto retórico estos eran “la condición de lo que se podía hacer, los medios para pensar”. Podgorny, *La Momia*, 135.

39 Podgorny, *Florentino*, 65.

40 Podgorny, *Los argentinos*, 23.

41 Podgorny, *Los argentinos*, 65.

42 Podgorny, *Los argentinos*, 19.

43 Podgorny, *Los argentinos*, 21.

44 Podgorny, *Florentino*, 65.

para borrar “el registro de su ignorancia”⁴⁵. Las fotos de esa vergüenza nunca fueron publicadas “ocultando que el futuro hilandero de las más intrincadas relaciones filogenéticas y taxonómicas, había surgido del barro bonaerense con una creación desconectada del edificio de la historia natural”⁴⁶. Al decir de la autora, Ameghino “lo ocultó entre las páginas dedicadas a los mamíferos como una pesadilla juvenil, enquistada en el lodo lujanense”⁴⁷. Lo cierto es que el pescado casi logra pasar invisibilizado también para Podgorny, quien confiesa que “durante todos estos años, leí, transcribí y escribí sobre ese pez sin verlo, enredada por la obsecuencia de sus admiradores y las obsesiones nombradas por el personaje: los mamíferos fósiles, la humanidad prehistórica, la dirección del Museo de la calle Perú, las formaciones sedimentarias de la Patagonia”⁴⁸. No obstante, ahora puede mostrar que “Ameghino, alrededor de ese silencio, de ese pez del que casi no volvió a hablar y del que borró sus restos, construyó su obra. Sobre ese bagre de un arroyo de Luján, los argentinos del siglo XX construimos una iglesia. O sus ruinas. Porque el barro de la pampa, como alguna vez dijo Ezequiel Martínez Estrada, al final, termina tragándose todo”⁴⁹. Un tono de escritura descarnado, lacerante y sombrío se agrega a la trama provocativa de la obra de Podgorny.

Muchas de las fuentes que le abren el camino a la autora se deben a que la generación de jóvenes naturalistas que incluía a Ameghino nació modelada por la prensa local “según las reglas de sociabilidad de caballeros enrolados en la tarea de construir una reputación a través de su afiliación política o a una facción”⁵⁰. Por otra parte, esta participación en la prensa se correspondía con la formación instituida entonces. De hecho, en la escuela normal de preceptores a la que concurrió el ítalo-argentino en Mercedes, provincia de Buenos Aires, se establecían como parte de los contenidos el entrenamiento en el género epistolar, en comunicaciones oficiales, informes, cuadros estadísticos, sinópticos y otros semejantes. Podgorny explica los aprendizajes científicos en general desde la asimilación de técnicas muy diversas. Así, por ejemplo, afirma que tempranamente Ameghino, con escasa formación en historia natural, pero animado por algunos libros pres-

45 Podgorny, *Los argentinos*, 32.

46 Podgorny, *Los argentinos*, 37.

47 Podgorny, *Florentino*, 172.

48 Podgorny, *Los argentinos*, 171.

49 Podgorny, *Los argentinos*, 175.

50 Podgorny, *Florentino*, 31.

tados que circulaban entre aficionados locales, entendió que “las cosas se disponían en estratos, como los renglones en una hoja de papel”⁵¹. Por otra parte, el principio de la carrera de Ameghino como recolector de fósiles también era frecuente entre los curiosos de la provincia de Buenos Aires, enterados del interés de los Museos de Historia Natural extranjeros en las piezas encontradas cuando se abrían las tierras, por obras de ingeniería o en aquellos terrenos recorridos por los cauces de agua. Luego en Córdoba, como en Europa, las barrancas abiertas para el tendido del ferrocarril de kilómetros de extensión, y con profundidades que a veces alcanzaban los veinte metros, consolidarían esta tendencia.

Podgorny construye gran parte de estas historias a partir de los recortes de diarios y cartas que el propio Ameghino iba guardando en paralelo a su recolección de huesos. Sus prácticas como coleccionista fueron tomando sustancia entre el interés que empezaba a extenderse por la búsqueda de fósiles, su formación administrativa inicial y las prácticas comerciales de la época que analizaremos en el apartado siguiente. Después de ese encuentro frustrante con el director germano, haría un viaje a París en 1878 que se transformaría en una estadía hasta 1881 y que sería determinante para la consolidación de su figura a su regreso a la Argentina. La manera en la que la autora enhebra el recorrido ameghinista de lo que podríamos considerar la faceta ascendente de su carrera nos permite analizar, en el apartado siguiente, la imbricación entre la historia de las ciencias y del desarrollo económico y comercial.

3. Circulación económica y comercial

Las frases lapidarias respecto a la ausencia de un plan estatal distancian a Podgorny de otros historiadores argentinos que han intentado vincular los intereses concentrados en el Estado con el desarrollo de prácticas científicas concretas en territorio argentino, como podrían ser De Asúa o Hurtado. Sin embargo, ciertas perspectivas señaladas en sus escritos suponen reconsiderar el poder que tuvieron los órganos de regulación gubernamentales en el pasado. Si bien Podgorny no tiene en cuenta el papel de los Estados como planificadores directos de la actividad científica, como si lo hacen otros historiadores de la ciencia contemporánea, sí los considera como promoto-

51 Podgorny, *Florentino*, 25.

res de la misma por la circulación material que impulsaron. De hecho, ella asocia sus interpretaciones a lo que llama “una historia burocrática del conocimiento o la transformación (...) de los medios de las esferas jurídicas, comerciales y administrativas en dispositivos de las diversas disciplinas científicas que se empiezan a constituir a fines del siglo XVIII”⁵².

Como dijimos, la investigadora considera la cuestión de la construcción del conocimiento desde una historia transdisciplinar, influida por la teoría de los medios alemana que marcó cómo los sistemas de escritura, de registro, de almacenamiento, de comunicación y circulación de conocimiento debían considerarse como redes materiales. Retomando a Siegert, Podgorny muestra cómo las identidades científicas también estaban sustentadas en dispositivos burocráticos que regulaban la circulación comercial⁵³. Siegert señala que la Casa de Contratación sevillana, el órgano que, desde 1503, autorizó y reguló el tránsito hacia América de bienes, barcos y personas, era una gran maquinaria productora de actas y escribanos y “el origen de un tortuoso proceso administrativo y de una identidad sustentada en testigos, testimonios y formularios que enseñan a ser y a actuar a través de ellos. El Atlántico, lejos de un mero espacio náutico”, era un umbral burocrático que debía “ser sorteado a través del papel que, por el mismo acto de escritura, termina formateando a sus pasajeros.”⁵⁴. En ese sentido, la autora considera que las formas e instrucciones hechas carne desde los tiempos coloniales en manuscritos, cuadernos, anotaciones y libretas —y que todavía hoy existen en paralelo al desarrollo de medios digitales— perduraron en el tiempo como una “mera continuidad con las compulsiones creadas por el orden de la administración para otros”⁵⁵.

Apuntando a esta materialidad del entramado atlántico, por decirlo de algún modo, Podgorny analiza el siglo siguiente. En 1832, el vapor que traía a Darwin recalaba en Bahía Blanca y el naturalista empezaba a recolectar huesos de nuevas especies de mamíferos fósiles. Entonces, el mundo sudamericano atesoraba apenas tres especies de fósiles del género Mastodon, remitidas

52 Podgorny, *La momia*, 163.

53 Bernhart Siegert, *Passagiere und Papiere: Schreibakte auf der Schwelle zwischen Spanien und Amerika* (Múnich: W. Fink, 2006).

54 Podgorny, *La momia*, 62.

55 Podgorny, *La momia*, 160

por Alexander Von Humboldt en su periplo americano, y un esqueleto completo de megaterio remitido también a Londres desde el Rio Salado por el cónsul inglés Woodbine Parish en épocas de Rosas⁵⁶. Por eso, gran parte de la tarea de Owen fue clasificar los huesos de Darwin e inventar nuevas denominaciones y diseños: los toxodontes, los milodontes y los gliptodontes, las mulitas gigantes de la pampa⁵⁷. De modo que las nuevas especies, tanto como las autoridades científicas, eran el producto de “la apertura comercial americana de los nuevos canales de comunicación que, luego de la caída del dominio español, los científicos aprovecharon para movilizar huesos, antigüedades, bichos y plantas”⁵⁸. Es gracias a estas vías de información abiertas en el Atlántico que “Darwin sacudió los huesos de su letargo y los transformó en una codiciada mercancía a la que se anudaría una disciplina que surgía con ellos”⁵⁹. Entonces, en la interpretación de Podgorny, los dispositivos para almacenar los datos de las ciencias del siglo XIX se asocian a esos intentos previos de dominio a la distancia de épocas coloniales, que a su vez le darán forma a los distintos saberes y disciplinas de la modernidad europea. Podgorny no pone en el centro de su interpretación meramente al interés estatal sino a la dinámica comercial creada a partir de los intentos de dominio. Así, muestra un mapa mucho más grande que el iberoamericano y desarrolla cómo las conexiones comerciales oceánicas con Oriente construyeron inclusive algunos objetos fetiches que fueron mostrados en museos como pertenecientes a la esencia de lo nacional en Latinoamérica del siglo XX. Al fin y al cabo, al decir de la autora, los museos siguen la lógica de grandes empresas de producción y distribución de mercancías y de almacenamiento de datos, de acumulación de cosas en lugares impensados, de arbitrariedades que el consumo mastica, deglute y esconde en un bolsillo⁶⁰.

Atravesando el Atlántico, ya en Francia, Ameghino ampliaría sus referencias y contactos con estudiosos europeos visitando laboratorios, bibliotecas, colecciones y yacimientos de fósiles. Podgorny analiza la materialidad de sus prácticas, mostrando cómo los huesos fósiles locales se van incorporando a las redes y competencias internacionales del comercio de la historia natural y

56 Podgorny, *La momia*, 110

57 Podgorny, *La momia*, 11

58 Podgorny, *La momia*, 112

59 Podgorny, *La momia*, 111

60 Podgorny, *Desubicados* (Buenos Aires: Beatriz Viterbo editora, 2022), 2.

cómo, en medio de esos nodos comerciales, se van constituyendo las figuras científicas que describen las nuevas o viejas especies encontradas. Estos personajes empiezan a ser habilitados como autoridades que regulan esa circulación, mientras estudian en forma concatenada la antigüedad de los huesos encontrados, la de los terrenos que pisan, la de aquello en los que se hunden y la de otros en los cuáles se va excavando. Así Podgorny describe la geopolítica de esa circulación a fines del siglo XIX. Señala que en Francia actuaban aquellos personajes relevantes en términos del establecimiento de la cotización de las colecciones. Moviéndose adecuadamente en estos circuitos, el ascenso social era factible para alguien de modesto origen, manipulando fósiles, esquirlas de civilizaciones pasadas y el barro removido de las excavaciones⁶¹. Los objetos de la historia natural, enfocados como mercancías, se vuelven centrales. Resuenan entonces las palabras de Rheinberguer, cuando, discutiendo con Bloor, remarcaba que existen relaciones que son preponderantemente motorizadas por objetos, aunque estén mediadas por personas⁶². Como advierte Podgorny, en un tono reinberghiano, es fundamental entender las dinámicas de las cosas en tanto “reunían —y desunían— personas”⁶³.

Ameghino lleva sus colecciones de fósiles y antigüedades a la Exposición Internacional de Antropología y Paleontología en París. Allí se conecta con profesores que toman nota y miden las piezas argentinas, con coleccionistas, comerciantes e instituciones interesadas en comprar los objetos que transportaba. La autora muestra cómo la construcción teórica y las publicaciones de la paleontología, de la prehistoria, de la zoología, de la anatomía comparada y de los estratos geológicos, se entremezclaron con diversos recorridos: de los coleccionistas de objetos frágiles, de los profesores de museos y gabinetes de las universidades, de los artistas que dibujan las ilustraciones de los catálogos y de los fotógrafos. Asimismo, adquirirían relevancia en estas redes los profesionales y materiales del embalaje, despacho y alquiler de depósitos temporarios, que hacían factible la circulación de fragmentos de huesos fósiles y de industrias pasadas, de catálogos, de láminas y manuales sobre técnicas, conservación y cuidado de bichos, herbarios, huesos, piedras. Las habilidades específicas para esta circulación estaban mediadas por

61 Podgorny, *Florentino*, 24.

62 Rheinberger, “A Reply”.

63 Podgorny, *Los argentinos*, 27.

instrumentos de los más diversos ámbitos: de la relojería, del grabado, de la minería y de los artistas de bellas artes. Este análisis material de la circulación de objetos de las ciencias recuerda a una línea que Daston y Galison han sabido desarrollar al enfocar la historia de los Atlas científicos sin la estricta división entre lo comercial, lo administrativo, lo académico, y lo técnico-artístico⁶⁴. Al mismo tiempo que Ameghino se compenetraba con la anatomía de los mamíferos fósiles y con la clasificación de la fauna del Plata, discutiendo la edad geológica de la Formación Pampeana, también aprendía a ordenar sus objetos con criterios comerciales y, en función de ello y como parte del mismo proceso concatenado, a armar sus dibujos y catálogos.

Siguiendo a Ameghino, la autora combina el análisis de la circulación comercial con las formas de las relaciones personales que articulaban la política argentina. En París, Ameghino entrevió la posibilidad de vender su colección, transformarla en circulante y con ello lograr cierta independencia de los “estrechos circuitos de Mercedes, donde los dimes y diretes del mundillo bonaerense alimentaban enemistades y desconfianzas”⁶⁵. Además, con ese dinero podría hacer nuevas adquisiciones, porque a diferencia de lo que ocurría en la Argentina, no necesitaba favores oficiales para viajar a territorios ricos en fósiles. Aprovechando la infraestructura de caminos y vías férreas iba y volvía al campo “sin otra intermediación que la del dinero”⁶⁶. La autora muestra cómo el recorrido de Ameghino seguía un trazo marcado antes por los cónsules y los estancieros de Buenos Aires que habían sido atraídos por el mercado londinense gracias a la expansión del comercio. Un camino que estaba reforzado por las exposiciones universales y el establecimiento de París como una plaza central para el mercado de la historia natural. Estas transformaciones, según Podgorny, enfurecían a Burmeister, porque lo despojaban de las piezas para alimentar las arcas del Museo Público que dirigía, los Anales que publicaba y su fama⁶⁷.

Por otro lado, la existencia de ese circuito de los fósiles multiplicaba a los exploradores con poca experiencia. Podgorny sigue, por ejemplo, el caso de unos vecinos que usaban los catálogos de Ameghino para vender huesos encontrados de Glyptodontes, que antes habían creído pertene-

64 Daston y Galison, *Objectivity*

65 Podgorny, *Florentino*, 49.

66 Podgorny, *Florentino*, 61.

67 Podgorny, *Florentino*, 50.

cientes a tortugas⁶⁸. Mientras valuaba colecciones propias y ajenas, Ameghino recibía noticia de hallazgos de fósiles que los descubridores ponían a la venta y, a través de la prensa, daba a conocer las cartas que apoyaban el valor científico de los objetos encontrados por tal o cual coleccionista. Caracterizando esta suerte de regulación ameghinista como conformada desde las técnicas culturales —y de paso recordándonos cuánto aborrece las fuentes laudatorias—, la autora sostiene irónicamente: “propagar las virtudes del sabio nacional había dado su primer fruto”⁶⁹.

Veremos en el apartado siguiente que Podgorny pone sobre el tapete la relación entre la circulación material expuesta en este apartado y las alianzas políticas y cómo a partir de ello propone entender las especificidades de las instituciones científicas nacionales y extranjeras.

4. Facciones y alianzas políticas

La singularidad argentina se pondría de manifiesto cuando, a la vuelta de Florentino Ameghino a la Argentina, se atravesara lo que Podgorny denomina *guerra fosilera*. Se sumarían entonces expedicionarios que vivían en el extranjero, atraídos por el interés generado entre distintos museos y universidades del mundo: Princeton, el Museo de Historia Natural de París, el de Nueva York o la Universidad de Múnich⁷⁰. La competencia entre museos y coleccionistas diversos, a diferencia por ejemplo de la carrera en el oeste norteamericano, estaría signada por la falta de dinero, el azar, los contactos personales y las antesalas de los ministros y secretarios. Una buena alianza con un ministro del exterior, interior, de guerra o de marina podía ser la clave para trasladarse gratis a la Patagonia. Esos personajes “protegeron por igual a las instituciones del Estado, a los coleccionistas privados y a los extranjeros, que —como Ameghino— exportaban sus cosechas en contravención a las disposiciones sobre el despacho de fósiles”⁷¹. Se consolidaba así el uso discrecional de los recursos públicos signado por la buena voluntad y las alianzas de turno. La autora muestra cómo el hecho de conseguir tracción animal a buen precio para llegar a los lugares a explorar podía depender de la habilidad para contactarse con agrimensores, comerciantes, topógra-

68 Podgorny, *Florentino*, 230.

69 Podgorny, *Florentino*, 24.

70 Podgorny, *Florentino*, 233.

71 Podgorny, *Florentino*, 247.

fos, policías, soldados, trabajadores, baqueanos, indios o propietarios de mulas que conocían el terreno. En la Argentina, “como en un trayecto contrario a la dirección del progreso, la ciencia avanzaba yendo de las tecnologías del transporte a vapor a la tracción a sangre, creando una suerte de viaje en el tiempo”⁷². Aquí se deja ver otro aspecto de la perspectiva de la autora, que recuerda a los teóricos de los medios alemanes y también a Galison: la concepción del sentido de los desarrollos científicos o tecnológicos y del propio tiempo histórico no como etapas consecutivas sino como capas superpuestas. Este modo de tratar el tiempo histórico la distancia de otros planteos de la historiografía de las ciencias contemporáneas en la Argentina que intentan caracterizar etapas específicas del desarrollo científico local acompañadas por los sucesivos cambios políticos, como podrían ser las de Hurtado o las de Asúa. También se diferencia Podgorny de miradas que contemplan tiempos superpuestos, pero que hacen análisis más estructurales, como las de Kreimer o las de Cueto, que explican las especificidades de las variaciones locales a través de una delimitación diacrónica más general de tensiones y dinámicas de trabajo entre centros y periferias.

El sujeto de Podgorny son las redes de trabajo formateadas por la circulación de objetos y técnicas culturales de los circuitos materiales que analiza. El trayecto argentino de ese recorrido es un ambiente de extrema competencia, sentido como amenazante, en el que unos exploradores seguían las huellas de los otros. La fragilidad y dependencia de alianzas facciosas inestables, junto al débil desarrollo de un sistema autónomo de transporte, convirtieron al campo de exploración, y al espacio de circulación de los objetos de allí extraídos, en lugares donde “las zancadillas, el recelo, la delación, el temor al robo o el robo mismo, condimentaron la ciencia del fin de siglo argentino”⁷³. La labilidad de estos frentes era tal que un científico podía parecer de uno u otro bando de acuerdo a la localidad en donde estaba tratando de obtener “un cargo, unas mulas, los pases de los barcos del estado o la publicación de un libro”⁷⁴. Podgorny explica el impacto de esta competencia

72 Podgorny, *Florentino*, 248.

73 Podgorny, *Florentino*, 206.

74 Podgorny, *Florentino*, 102. Es cierto que el dinero no proporcionaba las posibilidades de los países más industrializados para ir y volver al campo y liberarse de la necesidad de construir alianzas políticas que facilitarían la circulación, pero dadas que estas alianzas no eran exclusivas para los actores nacionales, los exploradores estadounidenses no tardarían mucho en producir dinosaurios “al por mayor”. Porque a “diferencia de los Ameghino, que llevaban adelante su empresa gracias a dos negocios de librerías, a ruinosas inversiones inmobiliarias y a las más diversas transacciones, en Estados Unidos, la paleontología –también un emprendimiento de particulares– contó con los dineros de varios magnates del acero, el comercio y los ferrocarriles”. Podgorny, *La momia*, 114.

en las publicaciones científicas: por ejemplo, intentando evitar que otros llegaran a los yacimientos recién explorados, se ocultaban las indicaciones respecto a los lugares de los hallazgos. Paradójicamente esas coordenadas eran las que podían haber otorgado mayor científicidad a los objetos encontrados. En cambio, se evitaba publicar las imágenes y fotos tomadas en el campo, la evidencia se recortaba y se circunscribía a la narrativa del viaje y a “la decisión personal de revelar a los íntimos el paradero de los fósiles”⁷⁵. Podgorny enlaza estos aspectos de la competencia, surgido del análisis material de las exploraciones, con un ribete historiográfico que nos vuelven a la cuestión del mito del sabio: “no por nada la historia de la ciencia argentina está llena de titanes y parece anclada en el dominio de las voluntades individuales”⁷⁶.

La autora muestra la importancia de las alianzas de Ameghino con figuras de diferentes facciones políticas. Eran una de las claves para el funcionamiento de las instituciones científicas del siglo XIX. Por ejemplo, el Museo de La Plata debía su origen al resultado de iniciativas y tratativas personales de su director, Francisco Moreno, con el gobernador. Esta era una de sus debilidades, porque “con cada cambio de Gobernador —la más de las veces reñido con su antecesor y sus obras— había que renegociar la necesidad de mantener una cosa tan cara para el erario de la provincia. Pagar la iluminación, el papel, los viajes, los empleados ordinarios y extraordinarios, los cazadores, los taxidermistas, los naturalistas viajeros, los secretarios: los gobernadores llegaban al Museo y se preguntaban para qué”⁷⁷. Estas alianzas políticas endebles hacían que conflictos entre los protagonistas de la historia de las ciencias locales se mezclaran con “los existentes entre católicos, roquistas y no tanto. Por imprudencia, oportunismo, decisión o impericia de unos y de otros, las palabras se usaban para abordar las cosas más diversas. Además, los bandos —en la política y en las instituciones científicas— cambiaban con mayor rapidez que las especies y las eras geológicas, sin respetar filogenias ni parentescos entre los vivos ni los muertos. El amigo de hoy podía transformarse súbitamente en el enemigo de mañana”⁷⁸. Debe tenerse en cuenta que, en la época, hasta los nombramientos universitarios se ratificaban en las cámaras parlamentarias. Por eso, durante su estadía como vicedirector en el Museo de La Plata, Florentino Ameghino se preocupaba, junto

75 Podgorny, *Florentino*, 253.

76 Podgorny, *Florentino*, 254.

77 Podgorny, *La momia*, 45.

78 Podgorny, *Florentino*, 102.

con el director, de conseguir piezas vistosas y grandes. “Recuerde la colección de piezas grandes! No se ría”, le espetaba Moreno en una misiva⁷⁹. Podgorny resalta que, aun cuando ellos asumieran lo absurdo del caso “pretendiendo definirse como la elite científica de la Argentina, la lucha por la supervivencia los igualaba a los vendedores de fantasías”⁸⁰. Los museos, según la autora, no eran más que un cruce de intereses atados a alianzas, que cuando se rompían, ponían de manifiesto que los rumbos de estas instituciones “se iban modelando por pulsiones más cercanas a las obsesiones individuales que a un plan de exploración del país”⁸¹. Esto ocurría con todos los actores involucrados, aunque después el ítalo-argentino retrospectivamente reclamara que era Moreno el que hacía “montar en costosos armazones enormes piezas que no sirven ni para arrojarlas a la basura, destinados a que sean contempladas por aquellos senadores y diputados que no entienden la cosa, a fin de que abran la boca y acuerden luego las partidas que desea”⁸².

La autora señala las reiteradas idas y vueltas de diputados y ministros que se alternaban en frágiles intentos de financiar las instituciones locales para la investigación científica. Ameghino permanecía siempre expectante de la negociación política para el financiamiento oficial de los museos que quería dirigir. Terminaba la mayor parte de las veces naufragando entre cambios de gestiones y luchas políticas que lo excedían. Podgorny llega a una conclusión levemente modificada respecto a sus escritos anteriores: “El presupuesto nacional era escaso para comprometerse con instituciones y el largo plazo, pero generoso con algunos individuos y los acontecimientos efímeros”⁸³. En otros escritos también supo reconocer al presupuesto nacional el financiamiento de obras que sirvieran a “la grandeza nacional”. Así, va despojando cada vez más a sus análisis de las intenciones autoproclamadas de las fuentes, tanto como de la importancia de las necesidades estatales, más no sean las simbólicas. En el mismo sentido, parece que el tono de su escritura se ha ido volviendo más pesimista-provocativo. Después de mostrar labilidad e inconstancias de las dis-

79 Podgorny, *Florentino*, 178.

80 Podgorny, *Florentino*, 178.

81 Podgorny, *Florentino*, 185.

82 Podgorny, *La momia*, 41.

83 Podgorny, *Florentino*, 70.

putas facciosas, aduce: “A fin de cuentas, todos nos extinguiríamos y los más resistentes, preocupados por la lucha por la supervivencia, tampoco se preocuparían por esos detalles”⁸⁴.

En cuanto las alianzas fracasaban, Ameghino volvía a su núcleo original, la librería, desde dónde conseguía ingresos, el alquiler de almacenes para sus colecciones y el envío por cuenta propia de su hermano Carlos a la Patagonia. Sus domicilios privados fueron así compitiendo, simbólicamente y materialmente, con las instituciones de la Nación y de las provincias y se fue asentando una dinámica empresa familiar alrededor de las obsesiones paleontológicas de Florentino. Conseguía fondos de políticos e instituciones de la provincia de Córdoba, algún dinero recibido del extranjero y del gobierno nacional esporádicamente y los pases gratuitos en los barcos del Estado. El éxito de esta empresa familiar de exploración de la Patagonia “no deja de representar la debilidad de las instituciones locales y la consolidación de un modelo cerrado de un círculo familiar”⁸⁵. Podgorny sigue de cerca los diálogos de esta empresa con los políticos, y sus fracasos. Por ejemplo, cuando ya director del Museo Público de Buenos Aires, Ameghino intentaba conseguir fondos para expandir sus colecciones a la vista de los especialistas. Proyectaba entonces un galpón de estructuras de hierro con dimensiones de los almacenes portuarios, pero los políticos querían monumentos para hermostrar la ciudad. Según la autora, Ameghino fallaba todas las veces que no terminaba de entender que “para negociar con los políticos hacían falta las palabras vacías”⁸⁶.

Podgorny aclara que las alianzas entre políticos y científicos, así como sus intrigas y batallas también existían en Inglaterra, Francia o Alemania, donde las familias ascendían gracias al trabajo, los estudios, pero también a los acuerdos políticos y matrimoniales⁸⁷. Al fin y al cabo, Richard Owen, mientras era superintendente de las colecciones de historia natural del Museo Británico, también apelaba a las ballenas, los elefantes, los rinocerontes, tapires y grandes mamíferos fósiles sudamericanos, al iniciar su campaña en 1859 en pos de un espacio donde desplegar la majestuosidad de la naturaleza, separado de las colecciones de arte. También buscaba estrellas que “colgadas del techo o apoyadas en el suelo, embalsamadas o en esqueleto, sirvieron

84 Podgorny, *Florentino*, 102.

85 Podgorny, *Florentino*, 189.

86 Podgorny, *Florentino*, 274.

87 Podgorny, *Florentino*, 57.

para calcular y negociar acres y pies cúbicos con el primer ministro y el parlamento inglés”⁸⁸. La singularidad argentina era que las polémicas no se guardaban en la privacidad de sus reuniones, en una sociabilidad de caballeros, sino que se exponían en los diarios del país. Según Podgorny, en otros lugares, esta concepción de los proyectos en términos de individuos y favores fuera de los círculos del club inglés también ocurriría, pero más tarde en el siglo XX. Como en la Argentina, esa dinámica estuvo ligada a los intentos de los científicos de orígenes menos aristocráticos por alcanzar ciertos puestos y reconocimiento social⁸⁹.

Sin embargo, Podgorny no cree que sean estas disputas de poder las que terminan de definir el contenido cognitivo de las prácticas que analiza, como podrían entender algunas de las versiones derivadas del Programa Fuerte de David Bloor que han profundizado la veta convencional, social y relativista del planteo de Thomas Kuhn⁹⁰. La autora podría enmarcarse también en este aspecto junto a autores como Rheinberger, Galison, Daston y otros historiadores de la epistemología histórica que retoman planteos post kuhnianos. Estos señalan que la tradición y la discontinuidad en la ciencia no sólo deben ser analizadas desde el punto de vista de la construcción teórica o de sus convenciones, sino también de las tradiciones experimentales y construcciones instrumentales, entre otras cuestiones. En tensión con el constructivismo sociológico, Rheinberger, que entiende a los sistemas experimentales como un tipo de cultura material, critica al Programa Fuerte por haber erigido a “la sociedad” en una explicación fundante en donde se detiene el análisis de la actividad científica al estilo que antes se detenía en “la naturaleza”⁹¹. En el mismo sentido apuntaba la teoría alemana de los medios. Rheinberger viene subrayando que no se trata de que los objetos de la ciencia se construyan a partir de la negociación o el conflicto entre los actores, sino que

88 Podgorny, *La momia*, 100

89 Podgorny, *Florentino*, 119.

90 David Bloor, *Conocimiento e imaginario social* (Barcelona: Gedisa, 1998).

91 Rheinberger, *Toward*. Bruno Latour también criticó en este sentido al Programa Fuerte. Pero, a diferencia de Rheinberger, Latour ha debilitado la resistencia y elasticidad de las cosas epistémicas, llevado por una visión pretendidamente imparcial en la cual la verdad era tan sólo el resultado exitoso de una alianza entre humanos y no humanos que tenía más recursos que otra. En el 2017 ha dado marcha atrás en sus postulados y reconoció algo que le criticaban a su posicionamiento desde hacía décadas. Admitió que, por ejemplo, podía ser asociado a una justificación de los negacionistas del cambio climático que contaba con aliados tan importantes como el presidente de los Estados Unidos. Ver: Jop De Vrieze, “Bruno Latour, a veteran of the ‘science wars,’ has a new mission”, *Science*, 10 de octubre de 2017, <https://www.science.org/content/article/bruno-latour-veteran-science-wars-has-new-mission>

estas negociaciones deben analizarse entendiendo a los conceptos como corporizados en los objetos epistémicos, y subrayando que tienen su propia elasticidad y resistencia en relación a los sistemas experimentales en que se desarrollan. Se trataría de un proceso material y no lingüístico — aquel que relaciona a las denominaciones en disputa y las manipulaciones de las cosas—, por eso el acuerdo entre sujetos siempre está mediado por una materialidad que los excede. En ese sentido, las disputas que enfrentan a Ameghino con sus rivales, y sin importar quién sea considerado sabio o quién charlatán, no se resuelven simplemente en la preponderancia del poder de persuasión de uno sobre otro, ni en ponderaciones sobre el poder social alcanzado a través de sus alianzas políticas. Como veremos en el siguiente apartado, hay una trama material más específica que analizar para dar cuenta de las sucesivas verdades transitorias instaladas por los practicantes de las ciencias que presenta la autora.

5. La naturaleza de los debates científicos

Como vimos, Podgorny se distancia del mito del sabio, poniendo de relieve los factores comerciales, materiales, económicos y políticos de las dinámicas científicas locales. En el mismo sentido, asume una posición crítica respecto a una posible interpretación de los debates científicos en términos de enfrentamientos entre darwinistas y antidarwinistas. Así, se despega del intento de etiquetar en ese molde las discusiones entre Ameghino y Burmeister. Muchos elementos definían el contenido de los conflictos científicos: “primero, la competencia y habilidad para encontrar fósiles en el campo; segundo, la prioridad en la clasificación de nuevas especies, y tercero, las teorías acerca de los puentes continentales, la evolución y la distribución de los mamíferos”⁹². Podgorny propone no poner en el centro de la cuestión ni las autodenominaciones de Ameghino como discípulo de Darwin, ni su divulgación de teorías transformistas. La autora nos invita a considerar que fue el ítalo-argentino quien contribuyó a etiquetar a Burmeister de antidarwinista, arrinconándolo en un bando religioso, en momentos en que corrían vientos laicistas en las disputas facciosas locales. Eran acusaciones con las que intentaba conseguir apoyos para sus viajes, estudios o colecciones, un atril para la promoción de sí mismo. Pero para eso hubo que distorsionar

92 Podgorny, *Florentino*, 236.

los planteos del propio Burmeister. Por ejemplo, en la discusión sobre la antigüedad de la formación pampeana, hizo que el término *Diluvium* que usaba el germano, se asimilara a la tradición bíblica acerca del origen del hombre y no a un sinónimo de *Drift* o *Cuaternario*, el nombre otorgado en Europa a la formación diluviana⁹³. Burmeister “combinaba su gusto por la filosofía natural, la anatomía comparada francesa y ciertos elementos de las discusiones despertadas por Darwin y Wallace”⁹⁴. Pero, sobre todo, siempre fue consciente de que “sin biblioteca y sin láminas, sin libros, la empresa científica era imposible. No importaba haber visto con sus propios ojos a todos los animales del mundo, pero sí contar con una biblioteca que los describiera e ilustrara”⁹⁵. El germano era un “sistemático de la vieja escuela, amante del detalle”⁹⁶. Este prusiano “era un protestante pegado a los datos”⁹⁷. Podgorny afirma que varias veces se lo distorsionaba, aprovechándose de su falta de propensión a ventilar sus posiciones en la prensa, sus intrigas silenciosas y su estilo anticuado⁹⁸. La autora aprovecha como fuente el hecho de que Burmeister, antes de morir, se haya dado el gusto de burlarse de las especies descritas por Ameghino: “creer que un miembro del grupo de los caballos pueda tener dientes sin pliegues internos de esmalte es para mí como creer en la concepción inmaculada de la Virgen”⁹⁹. En algún momento, se argumentó que la superioridad de Ameghino sobre Burmeister consistía en que había visto con sus propios ojos los especímenes de los museos europeos. Tampoco reconoce esto Podgorny: “Chicanas contra el viejo. A fin de cuentas, nadie, ni el mismo Cuvier, había tenido a la vista al mismo tiempo todos los huesos del mundo. La anatomía comparada y la paleontología se basaban en huesos reales, pero sobre todo en los museos de papel: las láminas y los catálogos ilustrados que viajaban por el correo y a precio de carta. (...) Láminas, fotografías, dibujos y moldes eran los medios gracias a los cuales se podía recuperar el todo que se componía a partir de diversas colecciones”¹⁰⁰.

93 Podgorny, *Florentino*, 92.

94 Podgorny, *Los argentinos*, 67.

95 Podgorny, *Los argentinos*, 62.

96 Podgorny, *La momia*, 58

97 Podgorny, *La momia*, 43

98 Podgorny, *Florentino*, 162.

99 Podgorny, *La momia*, 43

100 Podgorny, *Florentino*, 153.

Podgorny insiste en mostrar que gran parte de la obra de Ameghino no sólo fue vista como un error por los practicantes de las ciencias que le siguieron, sino que las desviaciones le eran señaladas ya en ese entonces¹⁰¹. Podgorny se detiene, entre las publicaciones de Ameghino, en la primera obra que utilizaría la fototipia en la Argentina, en 1889¹⁰². Se trataba de un catálogo descriptivo e ilustrado de las especies de mamíferos fósiles argentinos, premiado en París. Sus prácticas eran dudosas: de las 570 especies de mamíferos que contenía, 450 habían sido creadas por Ameghino basándose en el estudio de las dentaduras o de los cráneos, enteros o fragmentados. Había “creado una enorme variedad de especies y géneros, quizá más que ningún otro zoólogo o paleontólogo de la historia, exagerando el valor de la variación individual e ignorando a Darwin, quien consideraba la diferencia como parte de la variación de una población. Burmeister, después de todo, había tenido razón”¹⁰³. Burmeister sostenía que Ameghino creaba fantasías científicas, fundaba nuevos géneros y especies a diestra y siniestra, sin ton ni son, como un aficionado. Sin dominar las lenguas clásicas, formulaba mal los nombres. Tenía los métodos de un folletinista, su obra era inútil, un verdadero detrimento¹⁰⁴. Podgorny señala que inclusive los amigos le recomendaban a Ameghino seguir los criterios linneanos para la nomenclatura. La desobediencia a esta norma la atribuían a sus caprichos. En su obra *Filogenia*, Ameghino deducía los eslabones faltantes entre las especies mamíferas encontradas, haciendo surgir a las supuestas especies extinguidas a partir de especulaciones geométricas, fórmulas matemáticas y gráficas. Holmberg, uno de sus aliados circunstanciales, le explicaba que, si bien las especies eran convencionales, su establecimiento no podía ser de deducción matemática a partir dos casos conocidos, sino que debía ser estadística y basada en las miles de descripciones de los zoólogos, que establecían las características que debía reunir cada una. Ameghino no hizo caso y se dedicó a la descripción y multiplicación de géneros y especies, desatendiendo los criterios previos establecidos. Gracias a los engendros ame-

101 Podgorny, *Florentino*, 194.

102 También era de Mercedes un fotógrafo, Pedro Annaratone, cuyas fotos de objetos de piedras de la Edad Neolítica primeras fotografías de objetos prehistóricos tomadas y editadas en la Argentina, habían sido publicadas por Ameghino en 1877, en su folleto *Noticias sobre las antigüedades Indias de la Banda Oriental*. Irina Podgorny, *Florentino*, 34.

103 Podgorny, *Florentino*, 310.

104 Podgorny, *La momia*, 25

ghinianos, “los nombres, la clasificación la creación de taxones al *uso nostro*, continuaron así en los bagres como en los mamíferos”¹⁰⁵.

Por otro lado, Ameghino propuso una teoría acerca de los precursores de la humanidad que desafiaba los modelos establecidos, al invertir la dirección aceptada de la evolución. Lo hizo en el marco del debate por el centro del origen y dispersión de los mamíferos, basado en los esqueletos humanos encontrados junto a supuestas antiguas capas geológicas. Sostuvo que el género *Homo* y los precursores fósiles del *Homo Sapiens* encontrados en el Viejo continente descendían, en rigor de verdad, de un pequeño bípedo u *Homunculus* del terciario inicial de la Patagonia. Había que buscar en América del Sur a los antecesores de los monos del viejo mundo, aunque los monos antropomorfos no se encontraran en América. Para explicarlo, sostenía que “el hombre no aparece como un simio perfeccionado; por el contrario son los simios que aparecen como hombres bestializados”¹⁰⁶. No obstante, “no logró satisfacer a sus contemporáneos antropólogos que le reclamaban que la morfología debía descansar en la estadística y los procedimientos de medición, base material de las observaciones libres de prejuicio”¹⁰⁷. Puestas a circular las pruebas, por ejemplo, sobre las especificidades del cráneo de una especie, se solicitaban otras, como fotografías para contrastar sus dibujos. Se advertían entonces errores en los trazos de los dibujos, probablemente originados por disponer de mala manera los huesos sobre la mesa o por interpretar inadecuadamente los puntos craneométricos. De conjunto, Podgorny muestra la gran cantidad de especies inventadas por Ameghino que tuvieron poca duración.

Sin embargo, aclara la autora que lo que le ocurría al investigador era propio de muchas otras creaciones efímeras de la paleontología de la época, que terminaban designando “la mera nada”¹⁰⁸ y borradas de las bases de datos actuales. Los métodos, los instrumentos y las convenciones se interpretaban de muchas maneras, aun siguiendo los criterios entonces aceptados en las ciencias asociadas en las que el ítalo-argentino participaba. En ello contribuía la intervención de los asistentes, los errores tipográficos o de las fotografías, las réplicas más o menos exactas, la de-

105 Podgorny, *Los argentinos*, 101.

106 Podgorny, *Florentino*, 284.

107 Podgorny, *Florentino*, 290.

108 Podgorny, *Florentino*, 108.

cisión sobre qué analogía tomar prestada para reconstruir el todo de un fragmento, los instrumentos ad hoc, etcétera¹⁰⁹. Así, los “métodos e instrumentos hicieron aparecer o desaparecer un precursor de la humanidad. Las analogías geológicas o prehistóricas rejuvenecían o envejecían la edad de los estratos y de las industrias allí encontradas, (...) las filogenias, las afinidades zoológicas y geológicas reflotaban o hundían en la profundidad de los océanos los puentes que llevaban los mamíferos a África”¹¹⁰. Es decir, que “los animales fósiles, lejos de la solidez de sus huesos de museo, son objetos transitorios que surgen y desaparecen más rápido que las palabras”¹¹¹.

Tan sólo recorriendo parte de los intentos de clasificación de los huesos de los peces, Podgorny nos muestra en qué consistía la dificultad: la clasificación de los peces es en realidad “inherente a la historia de la zoología y de la clasificación de los seres vivientes e inanimados. Vista la cantidad de nombres dados a la misma entidad y el fenómeno de transferencia de nombres de una especie conocida a una parecida, vistas las confusiones lingüísticas, tipológicas, cromáticas, morfológicas, visto el problema de la conservación y del transporte, de la falta de libros, de las variedades propias de la edad sumadas a la opacidad del agua y los hábitos de los peces, nunca fue fácil distinguir lo nuevo de lo viejo, lo innominado del descubrimiento”¹¹². La inestabilidad de las clasificaciones, como guía para encuadrar los huesos encontrados, era la norma y no la excepción. En ese sentido podemos considerar la relación entre las clasificaciones y los huesos, como la que existe entre las cosas epistémicas y el experimento. Rheinberger afirma que el experimento no es un dispositivo preciso para corroborar o refutar ciertas teorías o hipótesis, sino que hay que mirar a la manufactura de las prácticas científicas¹¹³. Allí no hay sólo un sistema de experimentos que son imprecisos por su singularidad, sino que su imprecisión misma, su polisemia, su ambigüedad es lo que los constituye en pasibles de interactuar con los objetos científicos. Gracias a que no se adecuan a ninguna teoría de manera directa, no generan respuestas sino que materializan preguntas. Al contrario de Kuhn, que consideraba que gran parte de la actividad científica normal consistía en colocar las piezas conceptuales que encajaran con el paradigma predominante, pero

109 Podgorny, *La momia*, 291

110 Podgorny, *Florentino*, 291.

111 Podgorny, *La momia*, 310

112 Podgorny, *Los argentinos*, 153.

113 Rheinberger, *Toward*.

también a diferencia de Popper, quien sostenía que se trataba de hacer que el armazón teórico permitiera refutaciones empíricas, Rheinberger plantea que la potencialidad de las cosas epistémicas reside justamente en su vaguedad irreductible. En el mismo sentido, el planteo de Podgorny se asemeja al de Daston, cuando, al hablar de la biografía de los objetos científicos, señala que no es cierto que estos objetos comiencen a existir desde la nada, sino que tienen diferentes grados de existencia, siendo a veces objetos del sentido común, como el bagre de Ameghino. Tan luego como devenían a la existencia como objetos de indagación científica, podían dejarla. Daston propone estudiar así lo que emerge y desaparece del horizonte de los trabajadores de la ciencia. Para ello advierte que los objetos de la vida cotidiana están delante de nuestras narices con la contundencia de un sopapo en la cara, las paredes, la lluvia o un proyectil. Son sólidos, obvios, autoevidentes. Pero los objetos de la indagación científica son elusivos, o como decía Bachelard, se enfrentan a la experiencia primaria como un obstáculo¹¹⁴.

Y cuando Ameghino estaba a punto de ser indultado, incluido entre las imprecisiones e imprevisibilidades propias de las ciencias que practicaba, la autora vuelve a él. Estas dificultades siempre se presentaban, “salvo que uno no supiera nada y que trabajara sin biblioteca, sin tradición, como si clasificar el mundo fuera moco de bagre, es decir *Typupiscis lujanensis*”¹¹⁵. En definitiva, lo que parece remarcar de Ameghino no es el error o la transitoriedad de los objetos que creaba, sino el deslizarse en los márgenes de esas ciencias cuyos practicantes le indicaban una y otra vez que debía conocer las nomenclaturas, los libros y los protocolos, aunque fueran provisorios. Como dice la autora, “una vez más el viejo había tenido la razón. Pero, si Ameghino lo hubiese aceptado, no estaríamos escribiendo estas líneas. Tampoco tendríamos al hombre fósil nacional ni su cara en los acantilados marplatenses”¹¹⁶. Podríamos agregar, en este ensayo, que tampoco tendríamos un pez fósil bautizado en el 2022, en honor a la historiadora, como *Sturisomatichtys podgorny* (*Siluriformes, Loricariidae, Loricariinae*). Un pequeño y único loricarino cuyos restos provienen de las barrancas próximas a la ciudad de Paraná y cuya edad rondaría los nueve millones años, enlazándose materialmente con la historiografía de las ciencias en la Argentina.

114 Daston, *Biographies*.

115 Podgorny, *Los argentinos*, 153.

116 Podgorny, *Los argentinos*, 153.

6. Conclusiones

A partir de las reflexiones teóricas introducidas, se analizaron aristas de la perspectiva de Podgorny consideradas relevantes para los debates de la historiografía de las ciencias. En su intento de poner de relieve aspectos ocultados por los mitos de Ameghino que lo construyeron como un sabio nacional, Podgorny examina las fuentes, aportando una perspectiva en la que las similitudes y diferencias entre charlatanes y autoridades científicas son ponderados a la luz de la materialidad de sus prácticas. Se concentra en el desarrollo material y situado de las prácticas que reconstruye hasta otorgar a los objetos epistémicos un lugar preponderante. A diferencia de otras críticas relativistas que también han influido en la historiografía de las ciencias en la Argentina y en Latinoamérica, no ofrece soluciones prescriptivas para las prácticas contemporáneas. Tampoco quiere aportar diagnósticos más generales para entender tensiones estructurales, derivadas por ejemplo de los conflictos y cooperaciones entre centros y periferias. La escritura de Podgorny se conduce frecuentemente con un tono crudo, punzante y pesimista-provocativo, que roza la ironía y el sarcasmo al referirse a las posibles proyecciones del desarrollo científico local. Aprovecha así el desencanto de sus personajes debido a la labilidad de los vínculos necesarios para llevar adelante proyectos institucionales en la Argentina.

Su análisis histórico otorga cierta resistencia y elasticidad a los objetos epistémicos que reconstruye, en perspectivas similares a los autores de la epistemología histórica. La importancia que le otorga a los objetos por sobre las voluntades individuales la acerca a las interpretaciones de Reinberguer y a la teoría de los medios alemana de Kittler y Siegart, entre otros. En relación a estas convergencias, señalé la importancia que otorga la autora a la circulación económica y comercial para entender la materialidad de las prácticas científicas y la acumulación de cosas en los museos. Podgorny muestra cómo no solo los objetos de la ciencia, sino también la propia subjetividad de las autoridades científicas fueron construidos en esa circulación a través de técnicas culturales. Para dar cuenta de esos recorridos, la autora señala como determinante la comprensión de la geopolítica de esos movimientos, mediada por instrumentos, objetos y habilidades no necesariamente restringidas al ámbito científico, en una línea convergente con los análisis de Daston y Galison.

La dinámica de las facciones y alianzas políticas en la caracterización de la especificidad de las instituciones científicas locales y extranjeras, le sirve para señalar la singularidad argentina no sólo en relación a la labilidad del apoyo estatal, sino también en cuanto a los ámbitos públicos en los que las disputas se manifestaban, haciendo que los proyectos se concibiesen en términos de individuos y favores. No obstante, esta labilidad no debe confundirse con el carácter efímero de las clasificaciones científicas que se construían. Más allá de quién era charlatán y quién científico, y con qué apoyo político contaba, Podgorny propone una delimitación material en el análisis de sus prácticas. Ese análisis no conlleva el relativismo de que los conflictos resuelvan la verdad de sus enunciados como un resultado de enfrentamientos o negociaciones personales o políticas. La autora va más allá y analiza una trama material más específica para dar cuenta de las sucesivas verdades transitorias, instaladas por los practicantes de las ciencias que pone bajo la lupa. En ese sentido también propuse que la línea de Podgorny es más cercana a la de Rheinberger que a la de David Bloor y los seguidores del Programa Fuerte, ya que entiende a los conceptos como corporizados en objetos que tienen su propia elasticidad y resistencia, inclusive cuando su potencia resida en su vaguedad irreductible o en su efímero advenimiento a la existencia.

Los escritos de Podgorny le dan nueva voz al pasado enterrado, como lo supo hacer la industria artesanal surgida en el siglo XVIII que acompañaba la proliferación de todo tipo de recuerdos funerarios tales como la fotografía de los muertos, las técnicas de conservación de cadáveres gracias al cloruro de zinc y la taxidermia de los pájaros y mamíferos de todos los tamaños. No casualmente, todos estos son objetos de sus obsesiones¹¹⁷. Su historiografía vuelve a las cosas muertas y revive su materialidad a través de un método que tiene puntos de contacto con lo que ella considera características de las instituciones que estudia: “un museo, disculparán la herejía, va a contramano de la naturaleza, esa donde las cosas, es decir todo, desde los cadáveres de los animales y las personas, la madera de los muebles y los materiales de las casas son devorados por las hormigas, los gusanos y las bacterias, barridos por el agua y arrastrados por el tiempo. Mantener un museo significa luchar contra los elementos, contra las polillas, contra la humedad que todo lo enmohece; implica juntar en un lugar lo que millones de años, las guerras, los saqueos o lo que fuera, se encargaron de sepultar, de dispersar, de fragmentar. Y sobre todas las cosas invertir dine-

117 Podgorny, *La Momia*, 91.

ro en construcciones seguras, en sistemas que nos preserven de la conciencia de la corruptibilidad de los vivos y de los muertos”¹¹⁸.

Está por verse todavía si la historiografía de las ciencias que promueve Podgorny no tiene más valor que el de preservarnos de esa conciencia. A ello parece atenerse la autora cuando insiste en la falta de utilidad de la historia en relación a prescripciones para el presente. Me permito la duda, sin ir más lejos, en tanto esta línea historiográfica forma habilidades para el análisis de materialidades que echan por tierra mitos infundados y pueden contribuir a evaluar también recursos, discursos, diagnósticos y políticas para las ciencias contemporáneas. Pero, además, no puede ser de otra manera desde que esta historiografía considera que las prácticas científicas han supuesto una imbricación material entre la ciencia y el desarrollo tecnológico y material de una época. Podgorny ha sabido señalar las múltiples convergencias del trabajo científico con instrucciones y redes burocráticas, con determinadas actividades técnicas y con diversos dispositivos administrativos en el ámbito productivo o comercial. Así las cosas, es más difícil no aplicar las habilidades que ofrece al conocimiento de nuestro presente que permitirles un deslizamiento que va de suyo.

118 Podgorny, *La Momia*, 6.